

LA DEGENERACION DEL DEGOLISMO

¿Qué puede pasar en Francia si la unión de las izquierdas gana las elecciones de marzo? Un conflicto de poderes. La Asamblea estará dominada por una fuerza política muy distinta de la que inspira a la Presidencia de la República, que es una derecha conservadora, un degolismo tan avanzado que tuvo que prescindir del propio De Gaulle —por demasiado liberal, por demasiado «social»— y sustituirlo por Pompidou. Francia es una república presidencialista. Pompidou fue elegido Presidente por siete años en junio de 1969; debe permanecer en el poder hasta la misma fecha de 1976. La Asamblea se elige por cuatro años; la mayoría de izquierda, si es elegida, deberá gobernar hasta 1977, salvo caso de disolución. ¿Puede convivir un Presidente de la derecha conservadora con una Asamblea de la izquierda avanzada (socialistas y comunistas)? ¿Qué hará el Presidente si, como ahora parece por todos los sondeos, ganan las elecciones las fuerzas de la izquierda? La cuestión es sumamente grave, porque puede plantearse en términos de violencia y desorden.

El actual primer ministro —el cargo de primer ministro es de este régimen; antes era presidente del Consejo o del Gobierno—, Pierre Messmer, ha pronunciado una frase inquietante: el nuevo Gobierno, tras las elecciones, «será formado a la luz de la política del Presidente de la República, y no por tal o cual combinación electoral». Podría desprenderse de ello que las elecciones no son más que una pura ficción, puesto que, finalmente, el Presidente hará lo que le parezca oportuno, sin tener en cuenta el resultado de las urnas. Pompidou mismo fue más espectacular en su conferencia de prensa de septiembre, cuando un periodista le dijo: «No voy a preguntarle exactamente si nombrará usted primer ministro a X o a Y...» (refiriéndose a Mitterrand, del partido socialista, o a Marchais, secretario general del partido comunista), y el Presidente respondió: «No nombraré ni a X ni a Y». Podía referirse simplemente a que no creía que la unión de la izquierda pudiese ganar las elecciones. Pero también a que, en el caso de que la ganaran, no entregaría el poder a ninguno de sus hombres. Aclaró luego su idea general: «Sea cual sea el resultado de las elecciones, estaré obligado a formar un nuevo Gobierno. Será preciso formar un Gobierno que no sea derribado por la Asamblea. Y si es derribado, tendrá la posibilidad, si lo quiero así, de disolver esa Asamblea y de hacer un nuevo llamamiento al país. Esta es mi respuesta, y prácticamente es obvia...». Si el nuevo Gobierno estuviese forma-



Tras los resultados de la primera vuelta de las elecciones de 1967, los delegados del partido comunista, federación de la izquierda democrata y partido socialista cambian impresiones. De izquierda a derecha: René Blllerres (radical socialista), Mitterrand (convención de los clubs) y Guy Mollet (S.F.I.O.); de abajo arriba, derecha: Etienne Fajon (comunista) y Waldeck Rochet (secretario general del partido comunista).

do, como es normal, por las fuerzas mayoritarias de la Asamblea, no tendrá ninguna posibilidad de ser derribado. Luego Pompidou piensa ya en un Gobierno que no respondiese exactamente a la mayoría de la Asamblea.

Puede, en efecto, disolverla constitucionalmente. El Presidente —dijo Pompidou— «disuelve la Asamblea y es el pueblo quien debe decidir. Y una vez que el pueblo ha decidido, cada uno obtiene las consecuencias, que, desde luego, pueden ser bastante flexibles». Otro enigma. Disuelve la Asamblea, hay nuevas elecciones generales; debe suponerse que el pueblo repite su votación y que «cada uno» obtiene sus consecuencias. En la flexibilidad cabe todo: desde que el Presidente de la República dimita —y se abra una elección presidencial— hasta que suspenda las garantías constitucionales y acuda al artículo 16, que le permite gobernar por decreto, sin contar con la Asamblea ni con el Gobierno. O aceptar simplemente esta última decisión popular y nombrar primer ministro a «X o a Y». En la eventualidad de una suspensión de garantías para anular así el resultado electoral, cabe una respuesta violenta de la izquierda desposeída. Está amparada por los Sindicatos, y los Sindicatos pueden desencadenar una huelga general. Que puede, a su vez, ser reprimida desde el poder por la fuerza

pública y aun por el Ejército, pero no todo el Ejército francés —ni la Policía— estarían de acuerdo con esa solución de fuerza.

Todo esto es, naturalmente, avanzar demasiado en el camino de los pronósticos, pero conviene examinar todas las posibilidades. Para ellas hay que partir de la posibilidad de triunfo de la coalición de izquierdas, que si hoy parece fuerte y abundante, puede decaer en el curso de las diez semanas que quedan hasta el doble escrutinio del 4 y el 11 de marzo. No está excluido un último reflejo conservador de los franceses. Lo han tenido en más de una ocasión. En las últimas elecciones presidenciales parecía que el centrista liberal Alain Poher iba a tener ventaja sobre Pompidou, y el reflejo conservador dio finalmente el triunfo a este último. Lo más llamativo fueron las elecciones generales de 1968. En mayo, el movimiento iniciado en las Universidades y secundado por los obreros y por muchos sectores de los llamados «profesionales», dio la impresión de un cambio inminente. Poco después las urnas dieron a la derecha su más estrepitosa victoria: conformaron la mayoría actual que, con fáciles coaliciones, mantiene nada menos que 350 escaños de los 487 que tiene en total la Asamblea. El reflejo conservador ha comenzado a advertirse ya en un síntoma claro: la fuga de capi-

tales. Algo que sucede en todos los países siempre que la izquierda se aproxima al poder (véase el reciente caso de Chile). Mitterrand, en el debate del 20 de diciembre pasado, acusó al Gobierno de provocar este pánico. «La fuga de capitales ha comenzado en junio y, si se acelera, se debe solamente a una orquestación que raya con el incivismo. M. Peyrefitte ha declarado, en su discurso de Marsella, que había bastado con un sondeo de las intenciones de voto de los franceses para que los valores bajen y el oro suba...». (Respuesta de Peyrefitte, en el mismo debate: «Es curioso, por parte del incendiario, de acusar a los bomberos de atizar el fuego...».)

Un problema que se plantea es el de saber cómo el régimen ha llegado a este punto grave, disponiendo de la mayoría antes citada, tras catorce años de poder (el disfrazado golpe de Estado del general comenzó el 13 de mayo de 1958, con la sublevación de Argel, y se consagró el 1 de junio de ese año, al asumir De Gaulle todos los poderes). Es interesante, porque la situación puramente material de Francia no es mala: los conflictos laborales en estos últimos años no han sido mayores que los de otros países —en Gran Bretaña, por ejemplo, han sido mucho más graves—, la tasa de crecimiento es superior a la de cualquier país de Europa occiden-



La revolución de mayo de 1968 planteaba ya algunos de los problemas latentes en esta crisis de ahora y, lejos de limitarse a un puro problema de precios y salarios, apuntaba a una renovación de viejas estructuras y a la democratización del país.



Escrutinio de las elecciones de 1967.

tal, los planes de construcción y ordenación del territorio se producen más o menos como estaba previsto... ¿Es solamente lo que De Gaulle llamaba «L'usure du pouvoir»? Esto es, lo que, en términos clásicos, se decía con la frase «El poder desgasta...». Pero desgasta por algo. Michel Ponia-towski —un hombre que cambia frecuentemente de posición política, y que tuvo un tiempo la confianza del general— dice: «El problema de los degolistas es que viven en el pasado, en las tradiciones, en el dogma. Pero los dogmas que sirvieron en la época del general De Gaulle están ahora fuera de moda». De Gaulle tenía la habilidad de iniciar políticas nuevas sin salirse de los dogmas, o adaptándolos. Pero De Gaulle era el mismo dogma viviente, era el origen de todo. Tenía el derecho de inventar nuevos dogmas o de hacerlos flexibles. O lo tuvo hasta cierto punto: cuando quiso ir algo más lejos, sus propios dogmáticos —los más degolistas que De Gaulle— le quitaron el poder y le sucedieron en vida.

La extrañísima revolución de mayo de 1968 planteaba ya algunos de los problemas latentes en esta crisis de ahora. No se situaba en un puro problema de precios y salarios, sino de renovación de viejas estructuras y de democratización del país. Cuando pedía «la imaginación al poder» se estaba alzando precisamente contra lo dogmático y a favor de lo flexible (aun a costa de crear sus propios dogmas, finalmente). Cuando se intentó sofocar, mediante unas mejoras sociales a los obreros (protagonista, el partido comunista, el propio Georges Marchais y el secretario general de la CGT, Georges Seguy, que habían aceptado ya la moderación y la entrada en el sistema, y que no podían aceptar la revolución), los propios obreros respondían que no podían continuar en el simple juego de la elevación de salarios o mejoras en la seguridad social, que aparecían devoradas después por las inflaciones o por el sistema económico: querían un cambio total de formas y estructuras. No es nada aventurado de-

cir que aquella irrupción ideológica nueva aparece hoy en una forma mucho más moderada, más digerida y más canalizada, en el programa común de la izquierda, que ha puesto en jaque a los catorce años del degolismo. El degolismo, en realidad, fue claramente minado en aquel momento de 1968, y estos cuatro años no ha hecho más que subsistir.

El mismo desmayo y la misma escasez de imaginación con que está llevando la contrapropaganda electoral de ahora —la palabra contrapropaganda indica ya que está en una posición defensiva— son índices de su degeneración política y de su riesgo actual. La están basando en el anticomunismo, pero son términos de posguerra o de guerra fría, cuando el problema comunista que puede plantearse hoy en Francia tiene unas características muy distintas. Ni las circunstancias nacionales de Francia ni las internacionales del mundo o de Europa autorizan a pensar que el partido comunista francés tenga hoy ningún carácter revolucionario. Ni que su posible entrada electoral en el poder pueda conducir, de cerca o de lejos, a una «dictadura del proletariado» ni un «golpe de Praga». La contrapropaganda electoral del grupo en el poder advierte que un triunfo electoral «de los comunistas» significaría que estas serían las últimas elecciones libres del país. Este tipo de alusión tuvo gran validez en otros tiempos; hoy carece enteramente de ella. Le falta credibilidad. El ministro de Defensa —y antiguo primer ministro del general— dice que si triunfa la izquierda, «el mecanismo de la democracia se estrangularía y el sendero hacia la tiranía comunista quedaría abierto». Pero la propaganda de la izquierda —y del centro, que también gana puntos en relación con el grupo de poder—

asegura que la democracia ha sido ya estrangulada en Francia y que de lo que tratan es de restaurarla». «Es obvio —dice Mitterrand— que los degolistas no saben cómo zanjar la situación nueva. Hasta ahora no han cometido más que errores, y su anticomunismo histórico ya no arrastra a nadie».

Probablemente es un error de Mitterrand hablar tan absolutamente —aunque lo propio de una campaña electoral reñida sean las afirmaciones absolutas—, porque el anticomunismo arrastra a muchas personas en Francia, pero, desde luego, no en la medida en que la arrastraban en años pasados ni muchos menos por las vías temperamentales. Un anticomunismo inteligente podría acudir a favor de Pompidou y sus gentes. No lo ejercen. Sin embargo, el reflejo conservador antes apuntado puede jugar todavía muchas malas pasadas a la coalición. Los pronósticos políticos —mucho más allá de las auscultaciones de opinión— van desde la idea de que el grupo degolista puede perder nada menos que el ochenta por ciento de sus escaños en la Asamblea —un derrumbamiento definitivo— hasta la de que la coalición izquierdista no tendrá mayoría en la Asamblea, pero sí ejercerá dentro de ella una fuerza que impulse al régimen hacia la democratización del país.

En cualquier caso, parece que el predominio absoluto del grupo ha terminado. Cuando se celebraron las elecciones de 1968, ante la enorme mayoría obtenida, se dijo desde el poder: «Tenemos asegurado el Gobierno de Francia durante los próximos veinte años». Era una frase mucho más moderada que la de Hitler cuando exponía que había construido el Reich «de mil años». Son frases, aún moderadas, enormemente peligrosas. Se cierran en sí mismas.